



DRAMATURGIA DE ESPECTADOR

Relato de una Pollison

Cecilia Gramajo*

Resumen

Este trabajo es un relato en primera persona de las vivencias de una espectadora de la obra *Nada que ver I*, dirigida por Marcela Juárez en el club de Teatro de la ciudad de Tandil en el año 2011.

Palabras clave: Sensación - Recuerdo - Emoción - Vivencia

Abstract

*This work is a first person narrative about his experiences as a spectator of the work *Nada que ver I*, directed by Marcela Juárez in the drama club of the city of Tandil in 2011.*

Keywords: Sensation - Memory - Emotion - Experience

Hoy fui al teatro. Estaba en el foyer esperando a que se diera sala e ingresar y por fin a ver la obra. La incomodidad de estar en un espacio público en rol detectivesco siempre me angustia un poco. ¿Qué habría de distinto hoy? Como es habitual en el Club de Teatro, siempre hay mucho público y como habité conozco a varios otros habitúes y a las dueñas de casa. Saludos y charlas correspondientes al breve tiempo de que se dispone, expectativas por la obra-actores-técnicos-autor-director-vestuario-música-escenografía-maquillaje-fotografía-iluminación-publicidad o todo esto junto, es decir, el espectáculo teatral. Cumplido el ritual me aparto de todo comentario previsible y empiezo a buscar ángulos, espacios para percibir esta escena recurrente desde otro lugar. He de jugar internamente con mis propias sensaciones al punto de poder transformarme en una forastera. Ya dueña de un rincón cierro los ojos con el propósito de escuchar el mar de fondo en el hall, luego observo los colores predominantes de la ropa, y por último la retención global de los códigos sociales de los espectadores. A esta actividad la llamaré calibrar. La obra que nos convoca es “Nada que ver”, dirigida por Marcela Juárez. Sabemos a grandes rasgos que es una propuesta diferente. Por fin darán sala, no sin antes avisarnos que se nos dará un antifaz a cada uno, que deberemos usarlo hasta que termine formalmente la obra, que el espectáculo es a ciegas, que alguien nos asistirá para ingresar a la sala y nos guiará hasta nuestros asientos, que aquellos que fueron en grupo estarán cerca, y que ante cualquier malestar con solo hacer señas nos ayudarán a salir de la sala. Bien dispuestos y obedientes todos los asistentes nos colocamos los antifaces.

Una vez “privados” del sentido de la vista la información predominante en la conciencia proviene del sentido del oído. Nuestra inevitable primera experiencia está referida a la ausencia de la visión y la consabida puesta en marcha del equilibrio de sensaciones para restaurar una nueva forma de sentido. El papel de la audición es el que cobra la

delantera en la estructuración de la información que proviene del entorno.

El calibrado auditivo anterior me permite percibir la notable la alteración que se produce en los espectadores cuando todos tenemos los antifaces puestos. Lo primero que registro es un aumento del volumen de las voces, luego el habitual comportamiento social previsto para el ingreso a un espectáculo se ve modificado ante la virtual ausencia de la “mirada del otro”, se escuchan entonces expresiones que van desde la exaltación cercana al miedo (aunque se explicitó claramente que se trata de una situación “controlada”) hasta un grado mayor de desinhibición: chistes, explicitación de diversos estados de ánimo, diálogos entre personas que no han asistido juntas y que no se encuentran próximas. Estos comportamientos paulatinamente se irán aplacando dentro de la sala mientras terminan de ser ubicados los últimos espectadores. La valoración de las sensaciones corporales verbalizadas en algunos casos y de los sentimientos en otros, se transforma en un rumor que contiene a los espectadores dentro de un marco predecible que según el grado de excitabilidad registrado hoy hace que la convención se restaure paulatinamente mientras que ahora determinadas verbalizaciones están referidas a *la nueva condición* de no videntes. Son palabras transformadas en un lenguaje que expresa un extraño juego de *miradas inexistentes* parecidas a la presencia de un juez interior.

Todos los espectadores entramos en acción desde el mismo momento en que nos colocamos el antifaz para entrar a la sala. El orden del relato que está aconteciendo se reordena, cobra otra dimensión menos individual al momento de iniciarse formalmente la obra.

En la sala

Amablemente soy conducida por un asistente hasta mi ubicación en una butaca mientras percibo que hay sonido de lluvia “afuera”, de goteras “adentro” del espacio al que estoy

¹ Es profesora adjunta de la cátedra de Educación de la voz II y Didáctica Especial y práctica de la enseñanza en el nivel superior de la Licenciatura en Teatro de la Facultad de Arte de la U.N.C.P.B.A. Investigadora de CID

DRAMATURGIA DE ESPECTADOR *Relato de una Pollison*

ingresando, inesperadamente siento frío, aunque sé que la temperatura es la misma que hace dieciocho pasos atrás. Aún resuenan, como en misa, comentarios de algunos espectadores que describen lugar y situación como si los estuvieran “viendo”.

La lluvia se ha apaciguado, los últimos espectadores han sido ubicados y aparecen en escena unos niños, que corren, juegan uno de ellos anda en bicicleta y hace sonar su timbre, el espacio es un espacio amplio es la calle, ellos juegan el la como una vereda. La escena se me representa de un color predominantemente ambarino, podría describir su vestuario. Siento haber perdido mi propia noción geográfica, la sala no ha dejado de ser la sala en la cual estoy sentada con unos cuantos más, ¿pero dónde estoy realmente? Los niños siguen jugando y por mi posición relativa respecto a sus desplazamientos la vereda se ha transformado en una plaza. La acción de los niños está acompañada por una suave canción y alguien se me acerca y susurrando me convida chocolate que acepto y degusto con toda la atención del mundo, el saborear (como acción) cobra otra presencia en la conciencia siento los movimientos de la boca, la sensación en los receptores de la lengua, el incremento de saliva, el olor a través del gusto, es sabor chocolate dulce y de consistencia aireada; es rico quiero más, es poco lo hago durar; a ambos lados parece suceder lo mismo; se vuelve a restaurar la escena por variaciones de sonido y, desde una perspectiva más profunda sigo siendo testigo de los niños que juegan pero la sensación de estar en la butaca me devuelve el sentido de estar en el club de teatro, viendo “Nada que ver”, río para mis adentros, no como los de la izquierda que no paran de comentar algunas cosas, cual si estuvieran en el living de su casa. Pienso que tienen miedo, y también todo lo contrario están muy seguros (y contentos de ello) de que la ceguera circunstancial los vuelve invisibles. Esta secuencia fue envolvente pero anoto que la mayor parte de la escena trascurrió detrás de mí. ¿Chocolate? Se terminó hace un rato.

Unos sonidos nuevos llaman mi atención por delante, a la derecha y abajo inmediatamente frente a mí, otros y a la izquierda algunos más. Estoy dentro de una casa, es amplia, antigua están embalando cosas, muchas; me pregunto si será la casa del comienzo de la obra cuando llovía. Por las distancias y por los sonidos puedo reconocer su distribución, desde donde estoy veo la cocina y además creo reconocer la posición relativa de los cuerpos en el espacio. A las personas que viven allí las escucho conversar, son cuatro, ellos no saben que nosotros estamos ahí, quizá –fácilmente- estamos por saber por qué o cuándo se mudan pero, sin embargo, los personajes están abstraídos en las cosas que encuentran, están decidiendo que va y que no, sucede lo de ¿siempre? en las mudanzas: Alguien que apura el trajín explicitando la hora, están cansados y por lo visto los otros no quieren apurarse, suena un timbre, alguien dice que no irá a abrir, pequeña discusión de sobreentendidos entre dos de ellos, timbre, todos siguen embalando

Silencio corto y de pronto deslizamiento de cositas que ruedan delante de nuestros pies (¿bolitas, piedritas rodantes, zancadas de hormigas gigantes?)

Canon vocal envolvente de voces masculinas

Yo no tengo una personalidad; yo soy un cocktail, un conglomerado, una manifestación de personalidades.

En mí, la personalidad es una especie de furunculosis

anímica en estado crónico de erupción; no pasa media hora sin que me nazca una nueva personalidad.

Desde que estoy conmigo mismo, es tal la aglomeración de las que me rodean, que mi casa parece el consultorio de una quiromántica de moda. Hay personalidades en todas partes: en el vestíbulo, en el corredor, en la cocina, hasta en el W. C.

*¡Imposible lograr un momento de tregua, de descanso!
¡Imposible saber cuál es la verdadera!*

El hecho de que se hospeden en mi cuerpo es suficiente, sin embargo, para enfermarse de indignación. Ya que no puedo ignorar su existencia, quisiera obligarlas a que se oculten en los repliegues más profundos de mi cerebro. Pero son de una petulancia... de un egoísmo... de una falta de tacto...

tacto, tacto, tacto, tacto, tacto, tacto, tacto, tacto

Se va espaciando hasta flotar y finalmente desaparecer.

Tal y como va de rápido la pelotita recién arrojada a tramano por el crupié en la ruleta antes del no va massssssssssss, así pueblan el espacio risas súbitas en un grupo de personas que sobresale sobre un colchón de murmullo y Don't know why de Norah Jones. Es una atmósfera agradable, hay distensión y un conjunto de rasgos familiares a los de un bar /pub y es de noche, no conozco a nadie ¡vine sola! Recorro nuevamente el espacio ninguna voz reconocible... cierta desolación me hace pensar en la paradoja de sentirse aislado/solo mientras se está en un espacio acotado, con muchas personas y en un medio que resulta familiar, mi percepción es distante no por segregación sino por condiciones dadas. Siento ahora que es como cuando se está en un lugar al que se entra por primera vez y solo. Siento como el momento de una fiesta en la que uno deambula como para descansar de sucesivas charlas. (Quien ha visto un elefante los ha visto todos)

Melodía de una armónica suspendida en la nada. Escucho “muy” a lo lejos un tren que irá acercándose de tal modo que irremediablemente estoy en una estación de tren de la línea San Martín una mañana, conforme va acercándose aún más aparecen en la imagen más personas es el mediodía en una estación la línea Belgrano Norte ya no reparo más en el contexto general de la estación puesto que el tren está muy próximo ya me asomo mirando en la dirección que viene el tren veo su luz retrocedo unos pasos y de pronto pasa a gran velocidad estoy cerca del andén siento una fuerte vibración en el piso y del viento que roza mi cuerpo es ahora de noche y es verano, el impulso de cerrar los ojos y contener la respiración no impide que distinga los vagones iluminados del tren con sus ignotos pasajeros. El tren se aleja, dejando resonancias, olor, silencio fuerte. Otra vez y de la nada hay una melodía de guitarra y armónica. Calla la guitarra y la armónica canta unas pobres notas que se desvanecen en el aire.

En el silencio condensado con una voz suave -la misma que nos recibió- se nos invita a prepararnos para sacarnos el antifaz.

Hay una sutil exhalación de sorpresa. La sala está en penumbras, en ella está la directora a quien se le unen los actores, son muchos (13 8M/5V). Un concurrido saludo final da por terminada la función.

A la salida, tuvimos a disposición papel y biromes para expresar voluntariamente nuestras impresiones u opiniones.